



Día de las Escritoras 2021
Leer las edades de la vida

Lunes 18 octubre 2021



EXPOSICIÓN

Quisiera que esta edición supusiera una fiesta de la lectura. De la lectura de la obra de las escritoras. De la lectura de la obra de las escritoras que escribían y escriben “conservando la soledad en que se está”. La soledad acompañada que ofrece un libro, que ofrece una obra. La soledad, entonces, que preserva la intimidad y nos ayuda a ser libres sin que nos sintamos abandonadas, solas.

Los libros se escriben solo para una lectora, la que los hace estar de nuevo cuando los lee. Por eso, la escritura va dando cuenta de las edades de la vida y nos permite elegirnos, recuperarnos y soñarnos entre las páginas de los libros. De los libros que hemos leído, de los que leeremos. De los que se escribieron para nosotras, aunque no los hayamos encontrado aún.

Nuestra primera biblioteca fue de aire, en forma de canto o de cuento. En forma de palabras que se hilaban las unas a las otras e iban despertando nuestra diminuta conciencia. Madres, abuelas, tías. Maestras. Amigas. Y en el viaje del tiempo, éramos niñas, adolescentes, jóvenes, mujeres maduras; ya éramos ahora, todas juntas, porque los libros habían ido recogiendo nuestras edades. Las edades de la vida. Una biblioteca en el corazón. Día de las escritoras.

Una fiesta de la lectura, una fiesta de los lugares infinitos de la lectura, una fiesta de las bibliotecas que simbolizan esos lugares donde la edad queda escrita, intacta. Leer las edades de la vida, en los lugares que han ido acogiendo nuestras vidas. Leer a las escritoras, leernos con las escritoras, que las escritoras sean, con nosotras, lectoras. La lectura. Otra vez bibliotecas de aire, otra vez contar y cantar. Juntas, en la Biblioteca Nacional de España. Juntas significa “estamos compartiendo miradas del mundo, estamos mirándonos sin miedo, te miro y me miro para que podamos mirar el mundo”. A eso se le llama “igualdad” cuando se da, y ese es el objetivo del Día de las Escritoras: que el espacio de lo común lo sea de libertad, o sea, igualitario por vocación, compromiso y responsabilidad. Leer, de verdad, todas las edades de todas las vidas. Y compartirlo en una fiesta lectora del tiempo.

*Marifé Santiago Bolaños Comisaria del
Día de las Escritoras 2021*

TEXTOS

1. JOSEFINA ALDECOA (La Robla, León, 8 de marzo de 1926 – Mazcuerras, Cantabria, 16 de marzo de 2011)

***En la distancia*, Madrid, Alfaguara, 2004, p. 10.**

Me pregunto qué aciertos y desaciertos han condicionado mi vida, qué circunstancias favorables o adversas han influido en ella.

La memoria se reactiva ante cualquiera de estas preguntas, me guía a través de los años, las personas inolvidables, los lugares únicos, los acontecimientos históricos que pueden constituir los núcleos fundamentales de mi existencia.

Me concentro en un análisis de los motivos, las causas, las circunstancias que han determinado mi desarrollo personal y mi conducta a lo largo de los años. Reflexiones tardías, examen de conciencia, interpretación de hechos importantes que me han influido, o así lo imagino, al pasar el tiempo.

Entusiasmos, indignaciones, encantos y desencantos, deslumbramientos y decepciones que tienen su raíz en nuestra percepción variable de la realidad.

Como un torrente, la evocación arrastra todo lo que encuentra a su paso. Lo significativo, lo que todavía palpita en algún rincón de nuestro cerebro y el suceso aparentemente nimio que, sin embargo, fue decisivo en el momento en que se produjo.

2. SANTA TERESA (Ávila, 1515 - Alba de Tormes, 1582)

Castillo interior o las Moradas, “Moradas primeras” capítulo segundo, Madrid, Aguilar, colección Crisol Literario, pp. 40-42.

Guardaos, hijas mías, de cuidados ajenos. Mirad que en pocas moradas de este castillo dejan de combatir los demonios. Verdad es que en algunas tienen fuerza los guardas para pelear, como creo he dicho que son las potencias; mas es mucho menester no descuidarnos para entender sus ardidés, y que no nos engañen, hecho ángel de luz, que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño, entrando poco a poco, y hasta haberle hecho no le entendemos.

Yo os dije otra vez que es como una lima sorda, que hemos menester entenderle a los principios. Quiero decir alguna cosa para dároslo mejor a entender. Pone en una hermana varios ímpetus de penitencia, que le parece no tiene descanso sino cuando se está atormentando. Este principio, bueno es; mas si la priora ha mandado que no hagan penitencia sin licencia, y le hace parecer que en cosa tan buena bien se puede atrever, y escondidamente se da tal vida que viene a perder la salud, y no hacer lo que manda su Regla, ya veis en qué paró este bien. Pone a otra un celo de la perfección muy grande: esto muy bueno es; mas podría venir de aquí, que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir a la priora. Y aun a las veces podrá ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la religión. Como las otras no entienden lo interior y ven el cuidado, podría ser no tomarlo tan bien.

Lo que aquí pretende el demonio no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. [...] Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño. Cada una se mire a sí. [...]

Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que a las veces no será imperfección, sino, como sabemos poco, quizá lo echaremos a la peor parte, puede el alma perder la paz, y aun inquietar la de las otras: mirad si costaría caro la perfección.

3. MARÍA MOLINER (Paniza, Zaragoza, 30 de marzo de 1900 - Madrid, 22 de enero a de 1981)

“A los bibliotecarios rurales”, prólogo de *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas*, España Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico Sección Bibliotecas, 1937, pp. 3 y 4.

En una biblioteca de larga historia, el público ya experimentado, lejos de necesitar estímulos para leer, tiene sus exigencias, y el bibliotecario puede limitarse a satisfacerlas cumpliendo su obligación de una manera casi automática. Pero el encargado de una biblioteca que comienza a vivir ha de hacer una labor mucho más personal, poniendo su alma en ella. No será esto posible sin entusiasmo, y el entusiasmo no nace sino de la fe. El bibliotecario, para poner entusiasmo en su tarea, necesita creer en estas dos cosas: en la capacidad de mejoramiento espiritual de la gente a quien va a servir, y en la eficacia de su propia misión para contribuir a este mejoramiento.

No será buen bibliotecario el individuo que recibe invariablemente al forastero con palabras que tenemos grabadas en el cerebro, a fuerza de oírlas, los que con una misión cultural hemos visitado pueblos españoles: «Mire usted: en este pueblo son muy cerriles: usted hábleles de ir al baile, al fútbol o al cine, pero... ¡A la biblioteca...!».

No, amigos bibliotecarios, no. En vuestro pueblo la gente no es más cerril que en otros pueblos de España ni que en otros pueblos del mundo. Probad a hablarles de cultura y veréis cómo sus ojos se abren y sus cabezas se mueven en un gesto de asentimiento, y cómo invariablemente responden: ¡Eso, eso es lo que nos hace falta: cultura!

Ellos presienten, en efecto, que es cultura lo que necesitan, que sin ella no hay posibilidad de liberación efectiva, que sólo ella ha de dotarles de impulso suficiente para incorporarse a la marcha fatal del progreso humano sin riesgo de ser revolcados; sienten también que la cultura que a ellos les está negada es un privilegio más que confiere a ciertas gentes sin ninguna superioridad intrínseca sobre ellos, a veces con un valor moral nulo, una superioridad efectiva en

estimación de la sociedad, en posición económica, etc. Y se revuelven contra esto que vagamente comprenden pidiendo cultura, cultura... Pero, claro, si se les pregunta qué es concretamente lo que quieren decir con eso, no saben explicarlo. Y no saben tampoco que el camino de la cultura es áspero, sobre todo cuando para emprenderlo hay que romper con una tradición de abandono conservada por generaciones y generaciones.

Tú, bibliotecario, sí debes saberlo, y debes comprenderles y disculparles y ayudarles. No es extraño que una biblioteca recibida con gran entusiasmo quede al poco tiempo abandonada si se la confía a su propia suerte; no es extraño que el libro cogido con propósito de leerlo se caiga al poco rato de las manos y el lector lo abandone para ir a distraerse con la película a cuya trama su inteligencia se abandona sin esfuerzo. Todo esto ocurre; pero no ocurre sólo en tu pueblo, ni lo hacen sólo tus convecinos; ocurre en todas partes, y ahí radica precisamente tu misión: en conocer los recursos de tu biblioteca y las cualidades de tus lectores de modo que aciertes a poner en sus manos el libro cuya lectura les absorba hasta el punto de hacerles olvidarse de acudir a otra distracción.

La segunda cosa en que necesita creer el bibliotecario es en la eficacia de su propia misión. Para valorarla, pensad tan sólo en lo que sería nuestra España si en todas las ciudades, en todos los pueblos, en las aldeas más humildes, hombres y mujeres dedicasen los ratos no ocupados por sus tareas vitales a leer, a asomarse al mundo material y al mundo inmenso del espíritu por esas ventanas maravillosas que son los libros. ¡Tantas son las consecuencias que se adivinan si una tal situación llegase a ser realidad, que no es posible ni empezar a enunciarlas...!

Pues bien: esta es la tarea que se ha impuesto y que está llevando a cabo el Ministerio de Instrucción Pública por medio de su Sección de Bibliotecas y en la que vosotros tenéis una parte esencialísima que realizar.

4. CARMEN CONDE (Cartagena, 15 de agosto de 1907 –
Majadahonda, 8 de enero de 1996)

***Antología poética*, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral,
1985, p. 144.**

“A este lado de la eternidad” (1970)

Pasan y pasan, tantos pasan
que no recuerda nadie los pasos que pasaron
por donde pasarán, infatigables, otros
que no recordarán, que nadie espera.

Y solo hay que pasar. Ahora mismo
y luego siempre más, hasta que el suelo
se pueble gota a gota de las plantas
de todos cuantos van y nunca vuelven.

Si nunca vuelven estos, los que fueron;
acuden otros, sí, los que van yendo.
Y es suma de pasar pasos que pasan
y van sin retroceso a donde todos.

Seremos esto mismo. Estamos siendo
lo del ir sin cesar, lo de dejarnos
los pasos señalantes en la tierra.
Los pasos que a otros siguen obedientes
y piden que los sigan, implacables.

Madrid, 26 de septiembre de 1961

5. XELA ARIAS (Sarria, Lugo 4 de marzo de 1962 - Vigo, Pontevedra 2 de novembro de 2003)

“Os ollos ben pechados” (Denuncia do equilibrio, 1986)

***Poesía reunida*, Edicións Xerais de Galicia, 2018, p. 122.**

eu

mirando a túa reflexión o teu regreso

á postura máquina perfecta

aínda-tralos meus cristais rosados- vexo desacougados

saharas inmensos avanzar mares apousados

por un erro –quizás un só maldito erro-

que trastocou a precisión da mente os puntos

nos is conxugados parir saír e partir

aparca-lo inxenuo das aveláñas dormidas

asasinar fronteiras de caricias

manter só fogueiras de desperdicios nas cunetas

-horribles panoramas-

facer sitio aquí ó meu lado para ti de volta

das cazas amor as casas da paz

ergudas nas cinzas dos lumes as árbores

pechadas guindaron sucesións de faíscas

verdeazuis sentimentos marxinados que se prenden

-a cotío- no tendal da roupa fresca ó sol

ti –os ollos ben pechados-

enguedellados paradisos deixados de man abandonados

preguizosos lamentos forzados no terreo plano da roupa
e o carmín palabras forxando a túa cara
-a forma- o verbo andar descolocado

-os ollos ben pechados –estás seguro-
nesta Idade a Terra do Equilibrio

eu

pártome pártome

e mirando

denúnciome asasina de equilibrios.

Equilibrios desmenuzados

-líñas directas da paisaxe ó corazón-
buscan brazos cabezas liberdade

se a esperanza rematara ¿que quedara?

tal vez: os ollos ben pechados

-alimenta berros alimenta berros berros

Un berro ¿a esperanza? esa paisaxe

“Los ojos bien cerrados”

Yo

mirando tu reflexión y tu regreso

a la postura máquina perfecta

incluso -tras mis cristales rosados- veo desasosegados

Sáharas inmensos aventar mares en calma

por un error -quizás un solo maldito error-

que trastocó la precisión de la mente los puntos

nos conjugados parir salir y partir.

Aparcar lo ingenuo de las avelaíñas dormidas
asesinar fronteras de caricias
mantener solo hogueras de desperdicios en las cunetas
-horribles panoramas-

Hacer sitio aquí a mi lado para tu vuelta
de las luchas de amor a las casas de la paz
erguidos en las cenizas de los incendios los árboles
cerrados levantaron sucesiones de chispas
verdeazulados sentimientos marginados que se prenden

-a diario- en el tendedero de la ropa fresca al sol
Tú -los ojos bien cerrados-
Enredados paraísos dejados de la mano abandonados
perezosos lamentos forzados en el suelo plano de la ropa
y el carmín forjándole palabras a tu cara
-la forma- el verbo andar descolocado

-los ojos bien cerrados- estás seguro-
en esta Edad Tierra del Equilibrio

Yo
me voy me voy
y mirando
me denuncio asesina de equilibrios.

Equilibrios desmenuzados
-líneas directas del paisaje al corazón-
Buscan brazos cabezas libertad

Si la esperanza acabara
¿qué quedaría?
Tal vez: los ojos bien cerrados
-alimenta gritos alimenta gritos
Un grito ¿la esperanza? Ese paisaje

(Traducción de Marifé Santiago Bolaños)

“Para «artistas»” (Tigres como cabalos, 1990)

***Poesía reunida*, Edicións Xerais de Galicia, 2018, p. 226.**

Dispároche con bala no corazón pequeno
e agardo que non saibas de min xa nunca máis
-se algo soubeches-
aunque o meu tormento de que esteas
non repara na túa ausencia
senón en que respire
con mesmo aire humano das aceras.

¿Quen senón ti deberá entrar no sangue
do inferno das fogueiras,

rompe-los dedos nos desexos e acordarnos
que tras da risa están farrapos
dun tempo mal pensado?

E escólle-la cadeira do instalado
e sentes noxo quizais das camisas ensuciadas,
dunha miña fuga acelerada
sen ver que en ti
nace a volta ó máis pasado.

Conxúrate ó premio:
así te afoguen xa os brazos dos apoucados.
Na asepsia do teu verbo o branco lenzo é prohibida a
[valentía.

“Para «artistas»”

Te disparo con bala en el pequeño corazón
y espero que no sepas de mí ya nunca más
-si algo supieses-
aunque mi tormento de que estés
no repara en tu ausencia
sino en que respires

con el mismo aire humano de las aceras.

¿Quién si no tú debiera entrar en la sangre
del infierno de las hogueras,
romper los dedos en los deseos y darnos cuenta
de que tras la risa hay harapos
de un tiempo mal pensado?

Y elige la silla del instalado
y sientes asco quizás de las camisas sucias,
de una niña que se fuga acelerada
si ves que en ti
nace el regreso a lo más pasado.

Conjuraste el premio:
así te ahoguen ya los brazos de los tímidos.
En la asepsia de tu verbo el blanco lienzo está prohibida la valentía.

(Traducción de Marifé Santiago Bolaños)

“Intempériome”, 2003

***Poesía reunida*, Edicións Xerais de Galicia, 2018, p. 311.**

De certo, a vida ía en serio.

Por iso morrer non conta
números.

Eras moza,
cómplice nunha derrota que non
sumabas. Feliz por terte insomne
por inmortal.

Xa tenemos cadáveres amigos
e coñecidos,
sabemos da morte o legado inútil.

Pero ¡que ridículo! ¿non?,
abraza-lo feito feliz de xa medrar
-camiñar ás aforas-
en tempos asepticamente tan
Alienados.

“Me intemperio”

En verdade, la vida iba en serio.

Por eso morir no cuenta
números.

Eras joven,
cómplice de una derrota que no
sumabas. Feliz por ser insomne
por inmortal.

Ya tenemos cadáveres amigos
y conocidos,
sabemos de la muerte el inútil legado.

Pero ¡qué ridículo, ¿no?
abrazar el feliz hecho de haber crecido ya
-caminar afuera-
en tiempos asépticamente tan
alienados.

(Traducción de Marifé Santiago Bolaños)

6. ROSA MONTERO (Madrid, 3 de enero de 1951)

La carne, Barcelona, Debolsillo, 2017, p. 77.

Una de las cosas más ridículas que la edad conlleva es la cantidad de trucos, potingues y ortopedias con los que intentamos combatir el deterioro: el cuerpo se nos va llenando de alifafes y la vida, de complicaciones.

Eso se ve claramente en los viajes: de joven eres capaz de recorrer el mundo con apenas un cepillo de dientes y una muda, mientras que, cuando te adentras en la edad madura, tienes que ir añadiendo a la maleta infinidad de cosas. Por ejemplo: lentillas, líquidos para limpiar las lentillas, gafas graduadas de repuesto y otro par de gafas para leer; ampollas de suero fisiológico porque casi siempre tienes los ojos enrojecidos; pasta de dientes especial y colutorio contra la gingivitis, más hilo encerado y cepillitos interdientales, porque los tres o cuatro implantes que te han puesto exigen cuidados constantes; una crema contra la psoriasis o contra la rosácea o contra los hongos o contra los eczemas o cualquier otra de esas calamidades cutáneas que siempre se van desarrollando con la edad; champú especial anticaspa, antigrasa, antisequedad, anticaída; tinte porque las canas han colonizado tu cabeza; ampollas contra la alopecia; cremas hidratantes, seas hombre o mujer; cremas nutritivas, alisantes, antiflaccidez, más para ellas, pero también para algunos varones; lociones antimanchas; protector solar total porque ya te ha dado todo el sol que puedes soportar en veinte vidas; ungüentos anticelulíticos, esto en las mujeres; podaderas de los vellos nasales y auriculares, esto en los hombres; férulas de descarga para la noche, porque el estrés hace chirriar los dientes; tiritas nasales adhesivas, molestas y totalmente inútiles, para atenuar los ronquidos; píldoras de melatonina, Orfidal, Valium o cualquier otro fármaco contra el insomnio y la ansiedad; con un poco de mala suerte, pomada antihemorroides para lo evidente y/o laxantes contra el estreñimiento contumaz; vitamina C para todo; ibuprofeno y paracetamol para la inacabable diversidad de molestias que van parasitando el cuerpo; omeprazol para las gastritis; Alka-Seltzer y más omeprazol para las resacas, que uno va perdiendo resistencia; suplementos de soja porque la menopausia baja las hormonas; con otro poco de mala

suerte, las píldoras del colesterol, de la tensión, de la próstata. Y así sucesivamente, en suma. Una pesada carga.

7. GABRIELA MISTRAL (Vicuña, 7 de abril de 1889 - Nueva York, 10 de enero de 1957)

“Encantamiento”

Desolación, Barcelona, Altaya, 1995, p. 154.

Este niño es un encanto
parecido al fino viento:
si dormido lo amamanto,
que me bebe yo no siento.

Es más travieso que el río
y más suave que la loma:
es mejor el hijo mío
que este mundo al que se asoma.

Es más rico, más, mi niño
que la tierra y que los cielos:
en mi pecho tiene armiño
y en mi canto terciopelos...

Y es su cuerpo tan pequeño
como el grano de mi trigo;
menos pesa que su sueño;
no se ve y está conmigo.

8.MIREN AGUR (Lequeitio, Vizcaya, 7 de octubre de 1962)

“Charco en el muelle”

Del libro *Cómo guardar ceniza en el pecho* (en preparación)

Te miras en un charco del muelle y un velo de arcoíris esmalta tu semblante, rastros de gasoil que te conducen a un remoto paraíso.

La luz saca la lengua por última vez antes de que en el agua se borre tu ectoplasma. Te ves dentro, como una Ofelia que acepta junto al sauce su accidente.

Discutes con los círculos que la punta del paraguas dicta en tu reflejo.

La luna trae a remolque barcas sanándose al sol, galipot, huellas en la arena que la misma arena desmaña, sangre, redes, olor a algas en el pelo, a salitre en la falda.

Susurras una canción que habla de remos.

Tu fortuna se predijo cuando la pupila de aquel delfín moribundo se enredó

en tu pupila: “Con tu aliento inflarás las velas. Con purpurina vestirás las anclas”.

Te tapas los oídos por no escuchar la voz letal de un marinero.

Adoquines salpicados de pintura, maquillaje de fiesta. Delantales de mahón en los balcones, lentejuelas de escamas. Bolardos oxidados, inmóviles carrozas.

Llevas en las muñecas dos estrobos, sogas de palabras que te atan a nada.

¿Por qué no aprendiste a jugar con anzuelos? A ti que confiabas en la nobleza de los peces, te roen ese corazón tuyo empeñado en investigar nuevas fórmulas de botánica.

Quisieras pescar en la hondura del pozo y sacarte a ti misma.

Pero el hilo se rompe.

Y tu imagen se escapa.

Y el agua vaciada deja que te alejes surcando cenizas, en el puerto, sola.

“Potxingoa Moilan”

Zeure buruari begira zaude potxingo batean, eta ostadarrak apaintzen dizu aurpegia. Paradisu zahar batera zaramatza gasolio-aztarnak.

Argiak atzenengoz atera du mihia zure ektoplasma uretan ezabatu orduko. Barrenean ikusten zara, sahots ondoan istripua onarturiko Ofelia bat bezala.

Eztabaidan zabilta guardasolaren muturrak zure islari diktatzen dizkion zirkuluekin.

Iletargiak atoian dakartza eguzkitan sendatzen jarritako potinak, galipota, hondarrean utzi eta hondarrak lauskitutako oinatzak, odola, sareak, algen usaina ilean, kresalarena gonan.

Arraunez mintzo den abesti bat diozu zurmurka.

Zure ninian endredatu zenean izurde hil hurran haren ninia, horrek iragarri zituen betiko zure zoriak: “Hatsarekin puztuko duzu bela. Purpurinaz jantziko arrankilak”.

Belarriak estali behar dituzu marinel baten ahots hilgarria ez aditzeko.

Pinturaz ziprztinduriko galtzada-harriak, festarako makillaje-laginak. Mahoizko amantalak balkoietan, ezkatat lentejuela. Norai ugertuak, karroza mugigaitzak.

Estrepu bi dauzkazu eskuturretan, ezerezari lotzen zaituzten berba minen txikotak.

Zergatik ez zenuen ikasi amuekin olgetan? Arrainen noblezian sinisten zenuen horri karrakatzen dabilzkizu bihotza, botanika-formula berriak ikertu bitartean.

Dzingoan arrantza eginda, zeure burua atera nahi zenuke putzutik.

Baina hariak palt egiten dizu.

Eta irudiak ihes.

Eta ur hustuak urruntzen uzten zaitu, portuan aurrera, errautsezko bidean.

(Traducción de la propia autora)

9. SUSANA RAFART (Ripoll, 1962)

“La infancia” (Vida dels poetes)

***Pou de glaç*, Barcelona, Edicions Proa, 2002, p. 37**

Com aquella navalla desitjada d'infant,
de fulles desplegadas i bell mànec vermell,
amb el seu nom gravat. Ha anat creuant els
anys perseguint-la entre somnis: fines fletxes de
faig
o talles d'animals en fusta de noguera,
el nus antic d'un cedre, la sang d'un cos primer.
De gran, n'esmola el tall, guanyat en la memòria
on abat les malures que embosquen els
records.

Como aquella navaja deseada de niño,
de hojas desplegadas y bello mango rojo,
con su nombre grabado. Ha ido cruzando los años
persiguiéndola entre sueños: delgadas flechas de haya
o cortes de animales en madera de nogal,
el antiguo nudo de un cedro, la sangre de un primer cuerpo.
De mayor, afila el corte, ganado en la memoria
donde derriba los males que emboscan los recuerdos.

(Traducción de Marta López Vilar)

“La vejez” (L’ocell a la cendra)

Origen del dolor, nostàlgia, en una
branca desusada que en el
desvetllament sospeses. L'ocell? No
sempre crida en el viatge de retorn,
però desneix, n'esclata el vol com
un somriure sobre les aigües
fosques del conflent.

Ara tu el prens. Demà, el recordaràs.

Origen del dolor, nostalgia
en una rama olvidada
que en el desvelo sopesas.
¿El pájaro? No siempre canta
en el viaje de regreso,
pero desnace, rompe
el vuelo como una sonrisa
sobre las oscuras aguas en su encuentro.
Ahora tú lo tomas. Mañana, lo recordarás.

(Traducción de Marta López Vilar)

“Inédit”

Les branques que s’allunyen,
s’enduen la rosada.
L’home dels seus defícis,
l’alzina i els aglans, el porc senglar,

l'ombra mateixa lluny del seu llindar,
els mots que ara ressonen, veu ferida.
Camina contra el temps, es desconeix,
i duu a les mans les roses ressecades
de la furtiva tomba d'on va néixer.

“Inédito”

Las ramas que se alejan,
que se llevan el rocío.
El hombre buscaba en el bosque
la fuente de su inquietud,
la encina y las bellotas, el jabalí,
la misma sombra lejos de su umbral,
las palabras que ahora resuenan, voz herida.
Camina contra el tiempo, se desconoce,
y lleva en las manos las rosas secas
de la furtiva tumba donde nació.

(Traducción de Marta López Vilar)

10. INMA CHACÓN (Zafra, Badajoz, 3 de junio de 1954)

Adaptación de *La Baltasara*, Ediciones Antígona, 2018, p. 29 en adelante

(Entro por el fondo, entre el público con luz de sala) Perdón, llego tarde, me parece, es que no sé qué hago aquí, me han traído aquí, a hablar de mi vida, jjjjjjj (*ataque de risa*) ¿Pero por qué les interesa de mi vida? Jjjj... Perdón, perdón, es que mira que pinta llevo... ¡Ay! Es que me pregunto si me seguirían llamando “La Divina Baltasara de los Reyes”... Pues seguramente, porque casi nadie se molestó nunca en saber mi verdadero nombre: Ana, Ana (*se va presentando al público*), Ana Martínez, por cierto, para servir a vuestras mercedes.

¿Saben vuestras señorías por qué lo elegí? Mi nombre de comedianta, digo, el de Baltasara de los Reyes. Porque nació el día de Reyes y, desde siempre, BALTASAR el negrito se me antojó el más exótico de los tres, el más gracioso, con más duende, no sé. MELCHORA, GASPARA... No, ¿no? No se dejan pronunciar... Se hacen antipáticos en los oídos, como si la “a” estropease a los rotundos y formales Gaspar y Melchor... En Baltasar, por contra, me parece tan natural... Tan que pide la “a” para que sea más completo. Baltasar-a.

Tengo un nombre que, con sólo decirlo, dan ganas de bailar. ¿No les parece? Bal-ta-sa-ra, pam-pam-pam-pam... De-los-Re-yes, pum- pum-pum-pum... No como otros, que dan ganas de soltarlos muy deprisa para que no ofendan los oídos: Pánfila, Restituta, Honorata, Pelagia, Tiburcia... (*Se da cuenta de que alguna mujer del público puede llevar uno de esos nombres*) ¡Uy, perdón!

Que a lo mejor algunas de las presentes...

¡Ay! ¡Nuestra Señora del Silencio me asista la próxima vez!

Es que estoy un poco nerviosa, de volver a pisar un teatro, un corral de comedias, aunque sea tan curioso como este.

Yo empecé a hacer teatro con mi señor padre en la Compañía de Heredia y, cuando pasó a mejor vida, me casé y formé Compañía

propia con mi marido, Miguelito Ruiz, el que mejor ha hecho los papeles de gracioso en los corrales de las Españas. Al principio era una compañía de Legua, sólo podíamos representar en los pueblos, pero enseguida conseguimos que fuera una compañía de Título para ir a Madrid, ¡La capital del teatro! Nos fue siempre muy bien, yo atraía al público y a sus dineros, y Miguel se encargaba de llevar las cuentas y darme protección contra los moscones que revoloteaban a mi alrededor, si es que yo la necesitaba... Que a veces no, porque había moscones y moscones... Y mosquitos... Y esos galanes no se conformaban con mendigarme coplas, mendigaban mucho más... Les diera yo ocasión o no...

En fin, que me casé y formé compañía con mi marido. Pero no fue el amor el que me llevó al altar. Lo hice porque sin estar casada no hubiera podido ser actriz, ni autora de compañías, que lo había prohibido el rey para evitar la vida licenciosa de las comediantas:

O casada, o viuda, o bajo la tutela del padre.

O bajo la tutela de la iglesia y de esos obispos de alma negra que nos prohibieron actuar muchas veces por solo ser mujeres. Y en sus sermones nos acusaban de:

¡Indecentes! ¡Malejemplos! ¡Pecadoras!

¡Irredentas! ¡Que os dedicáis a poner fuego en el cuerpo a las personas muy honestas! ¡Fuego del infierno! Y que había que acabar con los cantares y meneos lascivos de las cómicas...

Pero a mí, no me pueden quitar del pensamiento que no hacemos daño ninguno con nuestros bailes, y digo más ¡Al revés! Muchas veces sirven para alejar al público de la desesperación que tantas veces lleva al pecado. ¿A cuántas almas no habremos ayudado los cómicos a ganarse el cielo? ¿No piensan nunca eso los obispos? ¡Que van a pensar! ¡No vaya a ser que se les caigan algunos santos de las peanas! ¡Migue, si hasta han prohibido por ley que nos entierren en suelo sagrado! ¡Ni que fuésemos a bailar después de muertos!

Lo cierto es que canté y bailé mucho a pesar de las prohibiciones, de los sermones y de los censores... Y es que la verdad nunca entendí por qué algunas personas, que nos ríen y celebran cuando estamos en los escenarios, son tan capaces de odiarnos y dañarnos cuando estamos a pie de calle, al alcance de su

maledicencia y de sus manos. Nos ultrajan, nos infaman, nos maldicen, nos pisotean y remozan por el fango nuestros nombres. ¿Y por qué? ¿Qué hemos hecho las cómicas para andar siempre en lenguas mal pensantes y bellacas?

Yo se lo diré: andar en más libertades que ninguno de los que se mueve por estos reinos.

Y, como es público y notorio, la peor parte siempre nos la llevamos las de siempre.

¿Saben ustedes como llamaban al corral del Príncipe? “Hermoso tugurio de Venus púdicas e impúdicas”. Y eso que la amante del propio Felipe IV frecuentaba aquel corral, donde, por cierto, yo estrené muchas comedias como compañía estable.

(Al público) Es ése que está al lado del Convento de Santa Ana. ¿Conocen Madrid vuestras mercedes? Bueno, pues está muy cerquita de dónde viven los comediantes. ¡Qué digo cerquita! ¡A la espalda de nuestro barrio! ¡O al frente, según se mire! Cervantes también vivió por allí, fue casi vecino de mi admirado Lope... Bueno, y Quevedo... Y Góngora... Pues ahí está el Corral del Príncipe. Es un teatro muy grande. ¿Saben vuestras mercedes dónde les digo, no? ¡Al lado de la calle Mentideros, donde el Mentidero de los Cómicos, que era donde se contrataban las compañías! Pero ya me he ido por las ramas otra vez.

Estaba hablando de la amante del rey, la Calderona, así la conocíamos todos.

Una de las grandes de la escena, que no se libró de las coplas y de los pasquines que corrían de boca en boca, atribuyéndole toda clase de amantes:

*Un fraile y una corona
un duque y un
cartelista anduvieron
en la lista de la bella
Calderona*

¡Pobre Calderona! Madre de un bastardo real que alcanzó la gloria guiando a la Armada, mientras ella se apagaba en un convento, como tantas, cuando el paso del tiempo nos vuelve invisibles, antiguos objetos de deseo... Como la gran Amarilis, loada por el insigne Quevedo y satirizada por el Conde de Villanueva, el

mayor maldiciente de la Corte, el mismo que tachó de simple a la gallarda Josefa Vaca. María de Heredia, la que fundó la compañía donde yo empecé, encarcelada por amancebarse. Micaela Luján, encumbrada mientras tuvo amoríos con mi querido Lope y olvidada en cuanto se apagaron las brasas. Bárbara Coronel, María de Navas, Manuela Escamilla, Serafina Manuela, Francisca Correa, Elena Osorio, La Bezona, La Perendenga...

Fueron tantas y tantas las que tuvieron que pagar un peaje por la libertad en que vivieron, que necesitaría toda la jornada para nombrarlas.

(Al público) Dirán vuestras mercedes que exagero, pero la libertad es como esos polvos de rapé que trajeron de Las Indias, una vez que se respiran ya no hay nariz que no sueñe con saborearlos otra vez.

Y nosotras los saboreamos cada vez que nos subimos a las tablas.

¿Acaso hay mayor libertad que, por propia voluntad, calzarse el zapato que no le corresponde a tu pie?

Vivir las aventuras que la vida te prohíbe porque sí o porque no.

Fui hombre, fui noble... Plebeyo... Soldado... Hidalgo y rufián...

Fui dama... Criada... Casada... Viuda... Y doncella...

Fui fuerte, sensible, inteligente, necia, afortunada y sin fortuna, de enorme belleza y de fealdad insufrible... ¡Libre fui! ¡A fe mía que lo fui!

Libre fui cada vez que me subí al escenario...

Y libre decidí abandonar el teatro, a mitad de una función, sí, yo abandoné los escenarios, a mitad de una función, cuando nadie los esperaba, y me retiré a una cueva como eremita, pero no me movieron las ansias de libertad. Y el que busque, en esas ansias, el motivo que me sacó de los corrales, yerra tanto, o más, que los que dicen que me trajo un hechizo o que Dios me llamó para que expiase los muchos pecados que cometí.

Hartos fueron, los pecados, digo, en eso no les desmiento. Y de todos me confesé, menos de los que me acusaron sin haberlos cometido... Que fueron muchos más.

Y yo me pregunto y espero que las mujeres de este tiempo no tengan que hacerse la misma pregunta:

¡Qué culpa tenemos nosotras del deseo que despertamos en los hombres! O de las acusaciones que dirigen contra nosotras, y no contra los galanes que nos acosan; contra los que violan nuestros cuerpos y nuestras voluntades.

¡O de la persecución a la que nos someten esos obispos de alma negra! Y esta vez no te pido perdón, Virgencita del Silencio, porque seguro que me darías la razón si te dieran la oportunidad de hablar.

¿Y todavía se extrañan algunos de que muchas de nosotras busquemos el sosiego de los conventos y de las ermitas?

Dirán que lo hice por puro remordimiento... Por decepción... O para huir de un mundo lleno de pecado y banalidad.

Pero a nadie se le ocurre pensar que lo hice por cansancio.

No, no se les ocurre.

Pero nos pesa la vida... Igual que me pesan hoy a mi las piernas.

*Afuera galas del mundo
afuera ambiciones locas
que solo me habéis
servido en esta farsa
engañosa por testigos del
delito contrarios en causa
propia no quede señal en
mi
vaya la piel con
vosotras Adiós galas,
adiós mundo;
que lleno de
fabulosas mentiras
tuviste presa la que su
rescate logra*

Llevo aquí tanto tiempo que ni puedo calcularlo.

Pero sé que se acerca mi última hora... Me lo dice mi cuerpo... Que ya no quiere bailar...

Me lo dice mi boca... Que sólo canta canciones tristes...

Me lo dicen mis ojos... Que buscan el descanso de las sombras... Me lo dice esta necesidad de contar y contar...

Estas ráfagas de mi vida pasada que se empeñan en volver...

Esta voluntad de aclarar las cosas... Aunque sólo sea para mí...

O para vuestras mercedes, si es que no son una figuración mía, una necesidad de pensar que quieren entenderme.

Pero, sobre todo, me lo dice este deseo de que no se apropien de mi vida los que siempre me juzgaron por vivirla...

Los que me hubieran negado el suelo sagrado, para mi último reposo, si hubiera seguido ejerciendo de cómica.

Esos mismos, me llamarán santera y me achacarán prodigios y milagros... Y dirán que, en mi última hora, las campanas tañeron sin que nadie las tocase, porque me había ganado el cielo.

Pero no dirán que estuve allí, en el cielo, muchas veces: vestida de hombre y de mujer, de reina y de mosquetero, con la conciencia y el alma limpias, libres, tan desnudas como mi espada y tan brillantes como las claras del día. Yo sé que no me recordarán así, ni a mí, ni a las muchas Baltasaras encerradas en sus cuevas, en sus versos o en sus pesares (*saluda y hace amago de irse y vuelve*).

Un momentito, una última cosita: es que también sé que otras vendrán para redimirnos, quizá no hoy, ni mañana... Pero llegará el día en que las cómicas pisaremos los teatros sin miedo, sin culpa y sin arrepentimiento. ¡Sí, llegará ese día! Y, ese día, la mujer podrá salir de la cazuela (que era el lugar donde les dejaban ver la representación, una pequeña cárcel donde nos enjaulaban) y sentarse al lado de los hombres, en los balcones, en la grada, en el patio o donde se le antoje (*hace amago de irse otra vez, se va entre el patio de butacas*).

A todas ellas les digo, si es que pueden escucharme, que ermitaña fue La Baltasara, santera y anacoreta, y así alcanzó los Cielos.

Pero que ninguna olvide que ya los había alcanzado en los Corrales de la Comedia.

Ya me voy. No os preocupéis

Y, por cierto, a quien corresponda: Ana Martínez. Apunta mi nombre.

11. ELENA PONIATOWSKA (París, 19 de mayo de 1932)

La noche de Tlatelolco: testimonios de historia oral, Escolar y Mayo, 2015, p. 187.

¡Un médico, por favor, por piedad, por lo que usted más quiera! ¡Un médico, por Dios!

Olga Sánchez Cuevas, madre de familia

¡Les dije a todos que la plaza era una trampa, se los dije! ¡No hay salida! ¡Más claro lo querían ver! Les dije que no había ni por donde escapar, que nos quedaríamos todos encajonados allí, cercados como en un corral. ¡Se los dije tantas veces, pero no!

Mercedes Olivera de Vázquez, antropóloga

Rondas de la niña mala, México, Ediciones Era, 2008.

La leona,
al fondo de la jaula,
aguarda.

La última crianza
desgarró su vientre.

Esconde los codos, las
rodillas,
alguna vez llegó sedosa
hasta el remanso
y olvidó su imagen en el
agua.

Tras los barrotes
ruge el león.
Nada tiene que ver con las
rimas de alcoba.
Solo, va derechito a la
cúspide.

La leona y su tedio
son infinitos.
Cada vez que se mueve
retumba su esqueleto,
su costillar picudo,
y su miseria hirsuta.

Sus ojos, pozas secas,
su lengua, su paciencia.

¡Cuánta inconciencia verde
en esa lagartija!

La veo y me persigno.
Le ruego a mi leona:
“No la toques, date cuenta,
la noche sin dormir
le entorpeció el habla”.

“Oh, reina bien amada,
oh, dueña de la jungla,
oh, consorte legítima,
la que parió sin llanto,

deja en paz, te lo pido,
a esa lagartona.”

Sin mirarme, la leona
estira su pata dulce
de gata formidable.
Lánguida deja caer
el peso de su indolencia
encima de la incauta.

“Aplastaste, malvada,
su llanto contenido,
su pretensión de cocodrilo,
su colita extraviada.”

No te ufanes,
la dragona, así como la ves,
tiene algo que nunca tendrás,
puede disfrazar su cuerpo
a voluntad,
y volverse libélula,
saltimbanqui o mujer.

La leona bosteza,
relame sus colmillos,
enseña la roja tumba
de sus fauces abiertas.

Entre las muelas
se columpia a fuetazos,

diminuta la cola
de la lagartija.

12. IRIS ZAVALA (Ponce, Puerto Rico, 27 de diciembre de 1936 – Madrid, 10 de abril de 2020)

“Entre tú y yo, Leonor, la guerra”, en *La república y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Akal, 2009, pp. 586-589.

Permítaseme ahora deslizarme por mis recuerdos, por mi historia familiar, por mi autobiografía, y recordar el mundo donde nací y la universidad que me abrió los ojos y me enseñó a dudar; una universidad que fue en mi país, las Españas, que decía Juan Ramón, producto de la lucha y proyecto al porvenir. Y volveré sobre esta universidad como *ritornello*. Aquí me bifurco por varios senderos, y comienzo: Nací entre dos guerras cruentas, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española, que se inició el 18 de julio de 1936, día en que se rompe a pedazos la legalidad constitucional contra la Segunda República española, proclamada el 14 de abril de 1931; una opción ética, democrática, laica y renovadora en suelo español, como lo había sido antes la I República, de 1873. De pequeñísima, diminuta podría decir, mi hermano mayor, más bien mi único hermano, al que tanto debo, seguía los triunfos republicanos en un mapa de España que había en la pared de su habitación. No sabía hablar, pero miraba ese mapa, y desde entonces amo a España -entonces sólo un mapa- y con España aprendí a valorar una historia de triunfos y fracasos, y, claro, a los republicanos, de cualquier ideología o denominación que fueran, y el liberalismo que esta Segunda República española proclamada el 14 de abril de 1931 representaba; el liberalismo de las Cortes de Cádiz, con sus contradicciones; pero *liberal* etimológicamente significa liber *al*les, libertad de todos, en particular de reunión y de credo, fuera éste religioso o político.

[...]

Pero iré por imágenes, como el cine.

No repetiré un catálogo de nombres; es historia vivida, pasado siempre indemne a esa fragilidad propia de todo testimonio humano. A mis ojos infantiles y adolescentes, y ahora maduros, la conquista de estos mis héroes trágicos olvidados es una necesaria victoria ganada sobre la intolerancia. Intento rescatar e invocar el modelo de

lo que fue pensable para una época dada, a partir de las categorías de percepción, de conceptualización y de expresión encargadas de organizar la experiencia colectiva e individual de todos nosotros. En el escenario de este teatro, sus rostros y sus voces y su escritura surgen como gladiadores ajenos a todos los lugares comunes y a todos los prejuicios. Todavía sus voces traen la peste contra este mundo mediático y estrafalario trabado con la real inexorable. Repito una y otra vez que no es por nostalgia que los invoco, sino como testimonio de una identidad de la cual no tengo el deseo de privarme ni de privarlos.

[...]

Ellos afianzaron mi temprano amor por la lectura, la búsqueda de la verdad, la integridad de lo que significa ser *intelectual*, a buscar el saber, como *trabajador de la palabra...*, son mi legado, y el de todos; uno por uno y cada uno de estos itinerantes forzados, ha dejado un legado trágico que la memoria histórica ha hecho desvanecer en el aire. Vuelvo a mi *ritornello*: no es nostalgia, sino una invocación a la ética. Y si evoco a todos estos maestros hoy, es porque estamos en deuda con todos ellos, y como eslabón en la cadena, siento el impulso de pasarles a ustedes esta convicción del discurso universitario para que lo continúen. Intento mostrarles las variaciones que estos maestros han experimentado en mi ser.

[...]

Son miles estos héroes contemporáneos -porque sí son mis contemporáneos y los de ustedes, lo sepan o no lo sepan, que como Sor Juana Inés de la Cruz creo que no todo se sabe-. Pero sólo he mencionado a aquellos que me han formado, cuya voz todavía me inunda de vibraciones y de sabiduría. Retomo el hilo perdido y mi *ritornello*.

[...]

Al científico catalán -también del exilio republicano- Juan Roura-Parella le escuché una estremecedora frase de don Antonio Machado (que también murió en el exilio). Otra vez la frontera: allí se encuentra aquel joven catalán, y le quiere dar paso al gran poeta andaluz. Éste lo mira con dolorosa serenidad y le dice: «No, pase usted, que a mí me espera la eternidad». El viejo poeta de Campos de Castilla, aquel que le escribió: «De mar a mar entre los dos la guerra, / más honda

que la mar», daba paso a la juventud. Porque estos maestros y amigos, víctimas de aquella diáspora, eran entonces jóvenes que empalmaron con un pasado cultural e intelectual, y hemos de recuperar la gigantesca labor científica, literaria, artística y filosófica de éstos, mis maestros, nuestros maestros, que siguen siendo contemporáneos. Estos hombres y mujeres, pues es preciso subrayar que durante la Segunda República, y ya desde el krausismo y la Institución Libre, las mujeres tuvieron un lugar destacado en la vida intelectual y política, que el feminismo no lo inventamos ayer, y tiene una larga y honrosa historia desde el siglo XIX con socialistas, librepensadoras, anarquistas y comunistas. No es, pues, por nostalgia que invoco este coral de voces, esta polifonía de acentos; intento recobrar algo de historia oral, confiando que quede esculpida en la letra en las generaciones venideras que desconocen lo que es esta ética que invoco. No es pues nostalgia, sino el deseo de recuperar y retomar aquel proyecto ético que tuve el privilegio de conocer.

13. IDA VITALE (Montevideo, 2 de noviembre de 1923)

“Fortuna”

Poesía reunida, Tusquets, 2017, p. 107.

Por años, disfrutar del error
y de su enmienda,
haber podido hablar, caminar libre,
no existir mutilada,
no entrar o sí en iglesias,
leer, oír la música querida,
ser en la noche un ser como en el día.
No ser casada en un negocio,
medida en cabras,
sufrir gobierno de parientes
o legal lapidación.
No desfilas ya nunca
y no admitir palabras
que pongan en la sangre
limaduras de hierro.
Descubrir por ti misma
otro ser no previsto
en el puente de la mirada.
Ser humano y mujer, ni más ni menos.

14. EMILIA PARDO BAZÁN (La Coruña, 16 de septiembre de 1851
- Madrid, 12 de mayo de 1921)

“Soneto”

***Poesías inéditas u olvidadas*, Exeter, University of Exeter Press,
1996, p. 150.**

Considera que en humo se convierte
el dulce bien de tu mayor contento,
y apenas vive un rápido momento
la gloria humana y el placer más fuerte.

Tal es del hombre la inmutable suerte:
nunca saciar su ansioso pensamiento,
y al precio de su afán y su tormento
adquirir el descanso de la muerte.

La muerte, triste, pálida y divina,
al fin de nuestros años nos espera
como al esposo infiel la fiel esposa;
y al rayo de la fe que la ilumina,
cuanto al malvado se parece austera,
al varón justo se presenta hermosa.

15. FANNY RUBIO (Linares, Jaén, 18 de octubre de 1949)

***El Dios dormido*, Madrid, Suma de Letras, 2002, pp. 440-441.**

Debían sucederse, por lo menos, tres generaciones hasta que se pusiesen las cosas en su sitio.

-Bajémoslo ya – dijo, lacónico, el soldado-. El hombre se acabó.

Entonces yo grité. Grité furiosa sin que ninguno lo pudiera impedir. Y con el grito enrojecí como piedra de lava que despunta violenta en la hierba reseca de los pastizales de Cafarnaum. Clavé en el aire mi grito empozado. No pude contenerme. Grité delante de las lanzas, delante de las flechas, de los látigos, de las picas, de los caballos, de las cabras, de los comedores de pan, de los inmundos, de los soldados, de los mercenarios, de los espías, de los ricos, de los gentiles, de los esclavos, de las mujeres, de los mendigos, de los incircuncisos, de los afrentosos, de los tuyos y de los tristes. Grité delante de la leña y de las tortas de pan ácimo, delante de las túnicas planchadas y de los torsos desnudos por el sol. Delante de los luceros de la tarde. Los barbudos celotas, estacionados disimulada y secretamente entre los carros, calzados con botas de guerreros de Asiria con que, a la fuerza, llamaban la atención, se tiraron a un tiempo contra el suelo al oírme, como si el lamento que escuchasen fuera una alerta entonada a destiempo para anticipar por razones de urgencia el asalto armado. Marcos, que vigilaba la retirada, sacaba de órbita sus ojos. Mi grito en varios tramos abortaba la segunda intentona de atacar en un primer momento el puesto militar romano más próximo a tu sitio. Tan hondo fue y tan intempestivo este grito final que los hombres de Arbela que llevaban la *sica* disimulada debajo de sus capas la agarraron por la empuñadura.

A topa prisa vino Aarón. Los soldados romanos lo reconocieron y obedecían.

- ¡Vámonos!

Entre los tres, Aarón, el flautista y Manájat, te condujeron hasta el carro.

16. CARMEN LAFORET (Barcelona, 6 de septiembre de 1921 -
Majadahonda, 28 de febrero de 2004)

Fragmento del texto teatral *Querida Carmen. Querida Elena*, de Ana Fernández-Roldán, representado pero no publicado, escrito a partir de LAFORET, Carmen, FORTÚN, Elena, *De corazón y alma (1947-1952)*, Madrid, Fundación Banco Santander, 2017.

ELENA. - Queridísima Carmen Laforet: Verdaderamente la quiero y me quedo asombrada de ello. Su divina humildad diciendo (¡usted que es en estos momentos la primera escritora española!) que aprendió a escribir de mí... me conmueve hasta los huesos. Y no por ser yo quien escribió esos libros que usted leía cuando era chica, sino por esa pureza de alma que le hace decirlo.

CARMEN. - Queridísima Elena Fortún: Ahora que pienso en Canarias para hacer mi estúpido libro, recuerdo calles por donde yo he corrido pensando en ti, y contándote a solas mis tonterías. ¿No es esto muy raro? He sido tu verdadera amiga desde mi infancia, aunque sabía que tú eras una persona mayor. En realidad, he vivido mucho contigo. Qué parecida eres a como yo presentía, desde chiquilla, no sé por qué...

ELENA. - Tengo un montón de cartas tuyas que leo y releo... A mí me gustaría contarte toda mi vida, ¡tan larga, tan azarosa y tan inútil!

CARMEN. - Quiero, nada menos, que me cuentes toda tu vida, hablando conmigo, y yo contarte la mía. Quiero saber tu opinión sobre todo lo que yo tenga entre manos.

ELENA. - ¿Cuándo viene tu libro? Le deseo yo y le desea mucha gente.

CARMEN. - Mi novela va a trancas y barrancas... Unas veces bien, otras empantanada. Va despacio... y no es buena. Una broma de novela... Le tengo verdadero odio ya. No sé si la acabaré o acabará ella conmigo. Si estuviera cerca de ti te leería trozos y te contaría lo que pienso y lo que malogro.

ELENA. - Ya pienso que hacer un libro como tú los haces no es cuestión de un ratito. En cambio, yo trabajo como esos que soplan en el vidrio..., y posiblemente no es otra cosa sino soplar en algo muy sutil, como esas flores del cardo que se levantan en cuanto la brisa las sacude, y no hay sino que poner un poquito de atención... y la idea sale redonda.

Voy a mandarte los últimos cuatro libros que he publicado, para que los guardes para tus niñas.

CARMEN. - ¡Qué alegría la llegada de los libros! Me he reído hasta saltármeme las lágrimas con algunas aventuras de Mila. Les leeré a mis niñas algunas cosas, porque a Marta le interesa todo ya.

¡Qué pena me da que no estés en Madrid para hablar contigo algunos ratos! Me gustaría muchísimo que un día cogieras el avión y te pasaras aquí unas vacaciones, aunque fueran cortas... Pero tú odias Madrid tal como es ahora... Quizá nos podríamos encontrar en otra parte, o irnos por los caminos, como tu Mila, que no creas que no me da muchísima envidia. Me gustaba poderme tender, sin ocuparme de las cosas de la casa.

ELENA. -Yo me iría de muy buena gana por los caminos con Mila. Despertarse cada día en un nuevo lugar, no saber lo que hay detrás de cada casa, o de cada cuesta de la carretera, me parece la más perfecta manera de vivir. A veces hasta he pensado en vestirme de peregrino (me parece más seguro ser hombre que mujer por los caminos del mundo).

Lástima que yo no sea más joven o que tú no seas más vieja. Hacer el mismo camino al mismo tiempo habría sido una buena cosa...

CARMEN. - ¡Ya lo creo que me hubiera gustado ir a la par contigo por la vida!

ELENA. - Tus hijos y los míos hubieran sido amigos.... O habríamos salido juntas a tomar el sol en invierno... en lugar de salir sola como salgo ahora. No me compadezcas, porque no teniendo una Carmen Laforet de sesenta años, prefiero la soledad que está acabando por hacérseme muy querida.

CARMEN. - Pero el caso es que de manera muy extraña hemos ido [a la par por la vida]. Desde que yo tenía siete años y empezó *Celia* a publicarse en *Blanco y Negro* he tenido la costumbre de hablar

contigo a solas y hacerte mis confidencias. Eres mi amiga de la infancia y de toda mi vida.

ELENA. - Escribe, escribe y que te traduzcan, que lo harán, porque tu literatura es universal. ¡Quién sabe!, no me contento para ti con menos que el Nobel.

CARMEN. - He trabajado mucho estos días. Por fin es verdad que *La isla y los demonios* se acaba. Cuando vuelva de Canarias la dictaré...

¡Estoy contenta!

Ahora siento cierto placer al ver que la novela va saliendo. En ella van muchas cosas que yo miré en mi adolescencia. Piedras y luces y mares...

ELENA. - ¡Qué difícil es aprender a vivir! Algunas personas nacen sabiendo, otras no aprenden nunca, y algunas, como tú y como yo, vamos aprendiendo a través de la vida.

17. AIDA CARTAGENA PORTALATÍN (Moca, República Dominicana, 8 de junio de 1918 - Santo Domingo, 3 de junio de 1994)

“Una mujer está sola”

“Aída Cartagena Portalatín: «Aquí hace falta una mujer, y esa mujer soy yo», publicaciones Letra Muerta Editorial (consultado: 20 de septiembre de 2021) <https://letramuertaed.com/cartagena/>

Una mujer está sola. Sola con su estatura.

Con los ojos abiertos. Con los brazos abiertos.

Con el corazón abierto como un silencio ancho.

Espera en la desesperada y desesperante noche
sin perder la esperanza.

Piensa que está en el bajel almirante
con la luz más triste de la creación.

Ya izó velas y se dejó llevar por el viento del Norte
con la figura acelerada ante los ojos del amor.

Una mujer está sola. Sujetando con sus sueños sus sueños,
los sueños que le restan y todo el cielo de Antillas.

Seria y callada frente al mundo que es una piedra humana,
móvil, a la deriva, perdido el sentido
de la palabra propia, de su palabra inútil.

Una mujer está sola. Piensa que ahora todo es nada
y nadie dice nada de la fiesta o el luto
de la sangre que salta, de la sangre que corre,
de la sangre que gesta o muere en la muerte.

Nadie se adelanta ofreciéndole un traje
para vestir una voz que desnuda solloza delectándose.

Una mujer está sola. Siente, y su verdad se ahoga
en pensamientos que traducen lo hermoso de la rosa,
de la estrella, del amor, del hombre y de Dios.

18. PACA AGUIRRE (Alicante, 27 de octubre de 1930 - Madrid, 13 de abril de 2019)

“Frontera” (Los trescientos escalones, 1973-1976, “Actitud presente”)

Ensayo general: poesía reunida, 1966-2017, Madrid, Calambur, 2018, pp. 116-117.

A Ana Rosa y José María Guelbenzu

Yo, que llegué a la vida demasiado pronto,
que fui —que soy— la que se anticipó,
la que acudió a la cita antes de tiempo
y tuvo que esperar en la consigna
viendo pasar el equipaje de la vida
desde el banco neutral de la deshora.

Yo, que nací en el treinta, cuando es cierto
—como todos sabéis— que nunca debí hacerlo,
que hubiera yo debido meditarlo antes,
tener un poco de paciencia y tino
y no ingresar en este tiempo loco
que cobra su alquiler en monedas de espanto.

Yo, que vengo pagando mi imprudencia,
que le debo a mi prisa mi miseria,
que hube de trocear mi corazón en mil pedazos
para pagar mi puesto en el desierto,
yo, sabedlo, llegué tarde una vez a la frontera.

Yo, que tanto me había anticipado,

no supe anticiparme un poco más
(al fin y al cabo, para pagar
en monedas de sangre y de desdicha
qué pueden importar algunos años).

Yo, que no supe nacer en el cuarenta y cinco,
cometí el desafuero, oídlo,
de llegar tarde a la frontera.

Llegué con los ojos cegados de la infancia
y el corazón en blanco, sin historia.

Llegué (Señor, qué imperdonable)
con nueve años solamente.

Llegué, tal vez al mismo tiempo que él,
pero en distinto tiempo.

No lo supe.

(Oh tiempo miserable e injusto.)

Estuve allí —quizá lo vi—,
pero era tarde.

Yo era pequeña

y tenía sueño.

Don Antonio era viejo

y también tenía sueño.

(Señor, qué imperdonable:

haber nacido demasiado pronto

y haber llegado demasiado tarde.)

19. LUPE GRANDE (Madrid, 30 de mayo de 1965 - Ibidem, 2 de enero de 2021)

“Jardín de las variaciones”

***Hotel para erizos*, Madrid, Calambur, Colección Poesía, nº 113, 2010, p. 55-56.**

Al otro lado de la vida, al otro lado de la infancia, al otro lado del jardín.

Todos se han ido y sólo queda regresar.

Giran los días, giran bajo la púa de nieve, bajo la implacable batuta del porvenir,

hipótesis de luz en la sombra, al otro lado de la dársena, donde el ala pliega su duelo, donde el perro esconde tu mano en la grieta del muro y el pez muerde el sedal, la semejanza que hilvana el vestido para el viaje de las últimas cosas, la incesante madeja, fundación de penumbra en la penumbra.

Un soplo, un resplandor, la nieve.

Hoy, mañana, nunca, cuando *ayer y hoy son ya un mismo día en tu corazón*.

Entonces, el regreso, para llegar al lugar donde la cicatriz siembra su íntima voluntad, texto borrado donde te sientas a escuchar los días mientras el mundo gira cuando cae la noche. Aquí.

20. ALFONSA DE LA TORRE (Cuéllar, 4 de abril de 1915 - ibídem, 19 de abril de 1993)

“El Silencio (Ausencia del amor)”

Obra poética, Ayuntamiento de Cuéllar, 2011, p. 378.

Del milagro nace la llama viva
como llanto de niña dolorosa
que ha perdido muñecas y plegaria.
¿No ves la luna tímida en el cielo?
Yo quiero ser luciérnaga en la noche
para alumbrar tus pies estremecidos.
Dime cual es la senda de tus ojos
porque yo he de demostrártela bordada
de huellas amorosas en el aire.
¿Qué redonda asunción la de tu aliento!